

EUROCENTRISMO Y EUROCRIOLLISMO

Hernán G. H. Taboada
y Carlos Mariano Tur Donatti

Es con mucha justicia que se ha denunciado cómo “el pensamiento crítico latinoamericano, a pesar de sus críticas al eurocentrismo, es de hecho muy eurocéntrico y monocultural [...] la riqueza del pensamiento popular, campesino e indígena ha sido totalmente desperdiciada”, rematando la crítica en la pregunta “¿cómo se puede reinventar el pensamiento crítico de modo intercultural?”.¹

Lo anterior nace, a nuestro juicio, porque dicho pensamiento crítico muchas veces carece de la necesaria atención a la historicidad de las palabras, con lo cual, al tiempo que llama a evitar los absolutismos culturales, cae en un absolutismo terminológico. También notamos como falta gemela la poca atención a la historia de las ideas y al medio social en que éstas se desarrollan, lo que a su vez termina de precipitar en ingenuidades aun a quienes transitan con suma astucia por el mundo de las teorías.

Proponemos como terapia una llamada de atención sobre ciertos fenómenos culturales y sociales relacionados con las ideas y actitudes que frente a Europa desarrolló, mantuvo y

¹ Boaventura de Sousa Santos, en la serie de entrevistas “Interrogando al pensamiento crítico latinoamericano”, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 43, 2011, pp. 2 y 3.

mantiene la mayor parte de la inteligencia de América Latina,² y que están en el trasfondo de cualquier discusión sobre multiculturalismo e interculturalidad.

DEFINIENDO AL EUROCENTRISMO

No hace falta mucho esfuerzo para mostrar que vivimos en un mundo dominado por el eurocentrismo. Este hábito mental, que nos hace prestar una atención exclusiva o principal a un sujeto denominado *Europa* u *Occidente*, es producto de una elaboración de muchos siglos, en el curso de los cuales ha sido desarrollada una base de argumentos que ha terminado por constituirse en el sentido común de la mayoría. Desde dicha base se transforman las que son abstracciones, las citadas de *Europa* u *Occidente*, en personajes con rasgos definitorios, como si fueran seres humanos actuantes y pensantes, dotados de un escenario y un drama propios.

El escenario se monta situando simbólica y cartográficamente a un territorio arbitrariamente definido como Europa en el centro de la ecúmene y asignándole un lugar aparte en el esquema de los “continentes” que ni la geografía física ni la población ni la variedad etnográfica justifican. Ahí representa dicha Europa un drama cuyo libreto puede hallarse en la filosofía de la historia de Hegel pero también en cualquier enciclopedia o manual de enseñanza, y que a partir de antecedentes en las más antiguas civilizaciones nos hace asistir a su nacimiento en la Grecia clásica para continuar con una franja de tradición cultural que cada vez se estrecha más y termina reduciéndose a unos pocos países de Europa occidental. Luego la franja se ensancha con la expansión colonial que triunfalmente lleva a los

² De América Latina tratamos aquí principalmente de la parte hispanohablante, la que otros llaman o llamaron América Española. El caso de Brasil es similar, pero obliga a matizaciones que alargarían el trabajo.

Europeos a *descubrir* a los demás pueblos hasta entonces detenidos en la historia y a asimilarlos, haciendo que el protagonismo se extienda ahora al mundo que desde determinada época se fue denominando el Occidente, ampliación conceptual de Europa.

Dicho relato fue ampliamente aceptado durante varias décadas, luego fue objeto de serias y fundamentadas críticas y se halla hoy desprestigiado. Pero eso ocurre en la academia de los países centrales, porque en nuestro medio latinoamericano lo seguimos reproduciendo y nos definimos a partir de una herencia occidental que habría terminado por sustituir todas las restantes. A pesar de que muy pocos son capaces de entender a los supuestos pilares de dicha herencia, como a los muy citados Homero, Dante Alighieri o Immanuel Kant, y apenas o nada ha oído la mayoría sobre una cantidad de otros referentes, por no hablar de arcanos símbolos y escrituras, apenas reconocidos en lejano eco. La aprehensión de las formas plásticas o musicales europeas puede ser más directa, pero es aquí precisamente donde la herencia eurocentrista ha visto surgir más competidores en el gusto del público.

Las contradicciones apuntadas se originan porque la asunción de una identidad europea u occidental no deriva de una tradición creada y compartida durante siglos por algunos países y expandida más tarde ecuménicamente, como se quiere instruirnos, sino de un trabajo de enlazamiento de las culturas locales con el citado “gran relato” eurocéntrico sobre la genealogía y el canon, que fue formulado relativamente tarde, en el siglo XIX, y fue extendido por obra de una propaganda que desde la escuela se prolonga de mil formas en la literatura, la prensa o los mensajes simbólicos del cine, la radio y la televisión. Detrás de la propaganda hay obviamente posiciones de poder omnipresentes, al interior de cada sociedad y en las redes que los colonialismos supieron construir.

La duradera labor y los medios que lo respaldan han dotado al eurocentrismo de características que lo diferencian de los

demás etnocentrismos: su mayor información y sofisticación, su relativismo y, lo que aquí más nos atañe, su difusión ecuménica. Parecería que por su misma composición los etnocentrismos no pueden difundirse a otros pueblos. Sin embargo el eurocentrismo lo ha hecho y, como ya dijimos, en algún momento se pensó que el mundo estaba destinado a convertirse a la llamada civilización europea-occidental; todavía hoy ninguna cultura puede prescindir del dato europeo en su auto-definición: sea como modelo a seguir o como influencia a sacudir, Europa-Occidente está presente en la reflexión actual de todos los pueblos.

Aclarado lo anterior, debe agregarse que el cambiante equilibrio de poder mundial está también modificando, junto a las visiones del presente y del futuro, también las del pasado: es decir que el momento del eurocentrismo ya ha transcurrido. Antes dijimos que se lo discute y que su versión triunfante está arrinconada en la misma Europa, donde más bien parece temerse que son los otros los que desde dentro amenazan su originalidad cultural. Por otro lado la emergencia, o reemergencia, de nuevos centros económicos y políticos fuera del llamado Occidente se acompaña de reelaboraciones intelectuales que convierten al eurocentrismo en perspectiva superada.

Conserva sin embargo en América Latina una vigencia nada acorde con los tiempos, como antaño se dijo del aristotelismo, que exiliado en las universidades del Viejo Mundo seguía reinando en el Nuevo todavía a comienzos del siglo XIX. Es verdad que desde hace algunas décadas escuchamos llamados a desterrar el eurocentrismo, y es una consigna que nos declaman con creciente frecuencia la “filosofía latinoamericana”, el “pensamiento de la liberación”, radicalismos, indigenismos, multiculturalismos e interculturalidad. Sin embargo, como muchos otros llamados semejantes, rara vez pasan de la declamación: las categorías, cronologías, juicios de valor que al denunciar el eurocentrismo se utilizan son en sí mismas eurocentristas.

Nos hallamos ante dos caras en la misma cabeza: el discurso muy conocido de la civilización-progreso-globalización y el del Occidentalismo, que ha sido detectado en los variados fundamentalismos religiosos y reivindicaciones culturalistas en las regiones que fueron en su momento amenazadas por la expansión europea:³ el paneslavismo del siglo XIX y el integrismo islámico del XX comparten así caracteres con movimientos latinoamericanos de este comienzo del XXI.

EL CRIOLLO

Si vamos por los motivos del dicho arraigo y vigencia del eurocentrismo en América Latina, están los ecuménicos de imposición debida al predominio económico, político y cultural de Europa durante unas décadas entre los siglos XIX y XX. Sin embargo la situación que impera entre nosotros no se observa en las mucho más antiguas civilizaciones asiáticas ni en las naciones más jóvenes de África, donde la herencia eurocéntrica fue relativamente fácil de sacudir, a pesar de una colonización a veces más directa y más destructiva culturalmente. Un acertado, por esta vez, capítulo de Samuel Huntington señala como actores del arrinconamiento a las nuevas generaciones que no han gozado de la educación metropolitana de sus mayores y conocen de forma más directa a sus sociedades.⁴

En América Latina, retomamos, tiene en cambio el eurocentrismo anclajes mucho más poderosos, de tipo cultural e institucional, detrás de los cuales se encuentra la hegemonía de los criollos. Ellos efectuaron este anclaje cuando dieron forma en época colonial a la primera identidad dominante, que fue luego la de mayor influjo en los Estados nacionales y conser-

³ Ian Buruma & Avishai Margalit, *Occidentalism: the West in the eyes of its enemies*, Nueva York, The Penguin Press, 2004.

⁴ Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós, 1997.

va todavía hoy una presencia desproporcionada. Dicha identidad criolla tiene una matriz eurocéntrica, aunque con características propias —Noé Jitrik la define por una “asombrosa autonomía del horizonte referencial”—⁵ en lo que hemos llamado eurocriollismo.⁶

Si ahora nos volvemos a la categoría de *criollo*, su estudio parecería fácil: cantidad de viajeros extranjeros nos transmitieron viñetas de este personaje, más o menos gruesas, más o menos simpáticas, los escudriñadores de la psicología nacional también lo observaron con atención, la narrativa, el anecdotario y la paremiología lo cuentan entre sus caracteres. Aunque sumamente discutible sea cada una de estas fuentes, hay acuerdo en la visión de conjunto que ofrecen: el criollo es agradable, agudo, hospitalario, ostentoso, mujeriego, machista, despilfarrador, superficial, ignorante, hablador, celoso de su nombre, poco afecto al trabajo continuo, sea físico o mental, más dado a prometer que a cumplir, más al ritualismo que a la religiosidad profunda, más al intercambio social que al estudio; las criollas además unen a estos caracteres la ternura maternal, la abnegación, el arte de la seducción, la intriga, la superstición y la afición al chisme.

Podríamos seguir e insistimos en que éstas son en gran parte impresiones que carecen de corrección política y a menudo abundan en racismo e incomprensión, pero que a lo largo de los siglos presentan bastante coherencia y que pulidas y contextualizadas podrían haber guiado el trabajo de los estudiosos hacia una definición de lo criollo en un marco social que lo haga comprensible. Esta labor no se ha hecho: a pesar de tan vasto material de base, la bibliografía crítica sobre el tema es singularmente reducida. No es que falte del todo: si bien no

⁵ Noé Jitrik, “Entre el ser y el siendo: identidad, latinidad y discurso”, en VV.AA, *La latinidad y su sentido en América Latina*, México, UNAM, 1986, pp. 89-96, p. 90.

⁶ Para más detalles véase Carlos Mariano Tur Donatti y Hernán G. H. Taboada, *Eurocriollismo, historiografía y globalización en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2008.

tan abundante como sería necesario, hay un libro central que es *La patria del criollo* (1970) del guatemalteco Severo Martínez Peláez, unas páginas de Noé Jitrik,⁷ hay estudios en que el gentilicio aparece como título, consagrados al nacimiento y despliegue de la conciencia criolla en la colonia y a las peculiaridades del patriotismo de ella nacido. Abundan los jugosos *obiter dicta*, las alusiones en la prensa y la conversación diaria.

Sin embargo, reiteramos nuestra opinión sobre la vaguedad en la definición y sobre la subutilización de la categoría. Basta ver los diccionarios o enciclopedias consagrados al área, en los cuales contamos con un registro terminológico y poco más, situación que sintomáticamente empeora si consideramos las obras de este tipo producidos entre nosotros, desde la muy personal compilada por el conservador Mario Vargas Llosa hasta la muy comprometida con los movimientos populares dirigida por Emir Sader: ninguna de las dos dedica una entrada a “Criollo”.⁸

Quizás esto ocurra porque gran parte de la bibliografía emana de la cultura criolla misma, por lo cual falta distancia crítica y el resultado tiende a ser apologético, con el escamoteo, falsificación y borronamiento de muchos aspectos de la historia, la sociedad actual y las ideas de la región, junto a cantidad de pequeños matices característicos. Sin aludir al criollo

⁷ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (1970), Universidad Autónoma de Puebla, 1982; Jitrik, “Entre el ser y el siendo”.

⁸ Ralph Lee Woodward Jr., art. “Creole” en Barbara A. Tenenbaum [ed.], *Encyclopedia of Latin American history and culture*, Nueva York etc., Charles Scribner’s Sons, 1996, vol. 2, pp. 297-298; Daniel Balderston, arts. “Creole” y “Criollismo”, y Luis Esparza, art. “Criollo”, en Daniel Balderston, Mike González & Ana María López [eds.], *Encyclopedia of contemporary Latin American and Caribbean culture*, Nueva York & Londres, Routledge, 2000, vol. 1, pp. 421, 425 y 426; Mario Vargas Llosa, *Diccionario del amante de América Latina*, Barcelona, Paidós, 2005; Emir Sader *et al.* [coords.], *Latinoamericana: enciclopédia contemporânea da América Latina e do Caribe*, Río de Janeiro, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, 2006.

se malentiende hasta nuestra denominación más popular, la misma utilizada líneas arriba, la de *América Latina*.

Puestos a la tarea de acotar liminalmente la categoría de criollo, la historia de las sucesivas definiciones en los diccionarios es ya tema que merece atención, pero dejémosla por ahora para quedarnos con la que ofrece la última edición de la Academia, “dicho de un hijo y, en general, de un descendiente de padres europeos: Nacido en los antiguos territorios españoles de América y en algunas colonias europeas de dicho continente”. Si bien hay amplia coincidencia en este significado, el mismo no nos debe llamar a engaño, como enseñan las variaciones en el habla corriente. En Lima, por ejemplo, “ser muy criollo” significa ser listo, aprovechador e inescrupuloso; en Chile se cuenta el origen europeo “cualquiera que fuese la mezcla de éste con la sangre indígena”; en Argentina, para los inmigrantes italianos llegados masivamente después de 1880, el país anterior era la Argentina criolla y sus habitantes, del fenotipo que fueran —blancos, indígenas o afros y sus múltiples mestizajes— eran todos criollos. Al contrario, en México central y meridional, Guatemala y los países andinos, de más densa población originaria, la definición de criollo es más restrictiva, más precisa, cercana a la del diccionario antes citado.

Y si contamos además las variaciones que la palabra sufrió en el tiempo no terminamos de llegar a nuestro tema, así que dejemos por ahora desfrondada la definición para rescatar en ella la de descendientes de España-Europa, aunque no solamente por sus lazos genealógicos sino también y sobre todo por su situación vivencial —que tiene puntos de semejanza con la de otros habitantes de colonias, como los *pieds noirs* del norte de África bajo dominio francés—: una élite local de ascendencia extranjera con privilegios y prestigio pero que al mismo tiempo es menospreciada en la metrópoli y se halla sometida a los funcionarios que desde allí se envían. No faltan rasgos, ni la denominación misma de criollo, en las colonias inglesas y francesas del Caribe ni en Estados Unidos, para el

caso, ni en lo que fue la América rusa, pero los latinoamericanos constituyen un caso extremo de esta tipología.

Una elite, una minoría, una casta incluso, que con diversas estrategias ha logrado mantener su hegemonía política y social y, aun en los casos en que éstas se han puesto en discusión, su mentalidad, que sigue permeando la cultura latinoamericana. La suya es la única voz que se escucha, o casi, y a veces las otras voces, cuando se levantan, se le parecen sospechosamente. Ya hace mucho, en 1910, decía el boliviano Franz Tamayo:

El grande error de aquellos que no han encontrado una manifestación característica de nuestra nacionalidad proviene de que siempre han considerado como objeto de sus observaciones y deducciones a nuestro blanco sudamericano y especialmente boliviano, o puro del todo o casi puro (no se sabe). Como es el único que hasta ahora habla y escribe y manifiesta una apariencia de vida sobre todo política, ha embargado siempre la atención de los pocos pensadores que de nosotros se han ocupado.⁹

Lo anterior nos alcanza sólo para iniciar el tema. La identidad criolla se define por un modo de vida, complejo, omniabarcativo, cambiante; el cual a su vez se apoya sobre una formación social y económica que hunde sus raíces en la conquista y en nuestro pecado original: la inmensa desigualdad en el reparto del poder y la propiedad. Sobre la identidad criolla se ha edificado una compleja maraña de instituciones, prácticas, creencias y símbolos. Su extraordinaria capilaridad la lleva a emerger en toda nuestra producción cultural, desde los muy sesudos ensayos hasta las telenovelas, entremetiéndose en nuestras ideas, reacciones, juicios de valor, preferencias estéticas, vaya, hasta en el lenguaje mismo.

⁹ Franz Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional* (1910), en *Obra escogida*, selección, prólogo y cronología Mariano Baptista Gumucio, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 77-78.

Es una maraña que confunden los siglos, distancias y metamorfosis, que llama a un estudio apasionante y laberíntico, el cual exige para su intelección la perspectiva desde diversos ángulos. Éstos podrían ser los cuatro tópicos fundacionales de su mentalidad de casta: la tierra, los indios, la conquista y España-Europa. Precisamente de este último partiremos.

EL ORIGEN DEL CRIOLLO

En los comienzos de su historia los criollos se vieron elevados merced a la proveniencia, los azares de la conquista, sus habilidades, trapacerías u otras causas a la cúspide de la sociedad colonial, alcanzando superioridad económica, social, política y cultural sobre los otros habitantes, indios, negros, mestizos etc. Y se transformaron en criollos. Los mecanismos de dicha transformación ya han sido estudiados brillantemente: el in-flujo de la tierra, el mestizaje, el tipo de familia patriarcal, la proveniencia de los conquistadores y su mentalidad, la facilidad de ganancias, la lejanía de España fueron los factores que dieron inicio a una nueva humanidad, distinta a la española y por supuesto a la indígena. El fenómeno de la completa asimilación, que con tantas elites invasoras terminó en la historia, nunca se dio sin embargo en esta América, que periódicamente era vuelta a atar mediante nuevas oleadas de influencia a la imitación del ejemplo transmarino.

En relación con ello encontramos una diferencia entre las dos Américas que en su momento ubicó Edmundo O’Gorman, en una argumentación que creemos se sostiene: la América Latina quiso “transplantar en tierras de América las formas de vida europeas, concretamente las ibéricas”, no se propuso transformar la naturaleza y aun después de la independencia continuó “por la vía imitativa que ha presidido la historia americana desde su cuna colonial”. Mientras por el contrario lo que él llama la América Sajona se caracterizó por crear un

mundo, un orden social y un hombre histórico nuevos, que establecieron bases de la vida comunitaria no ensayadas antes, que dejaron atrás los prejuicios del Viejo Mundo.¹⁰

Desde el comienzo la metrópoli española fue la que ejerció su influencia cultural y demográfica. Las primeras generaciones gustaban evocar a los antepasados conquistadores o en todo caso a primeros pobladores de origen español, de capas hidalgas participantes en la Reconquista. Con el tiempo se fueron prefiriendo los orígenes en el norte de la península, entre cántabros, godos, vascos, donde menos mezcla con judíos y moros existió, donde todos pueden presumir un origen hidalgo. Títulos de nobleza, árboles genealógicos con símbolos y lemas, así como leyendas etimológicas sobre los apellidos eran llamados a refrendar estas pretensiones. Si bien las hemos expresado en pretérito, estas características siguen distinguiendo a muchos sectores de América Latina.

Cierto es que tuvimos momentos de antihispanismo, sin embargo la referencia a España siempre ha resurgido, y se conservó hasta en las épocas más furibundas en ese sentido, entre independentistas, entre positivistas y marxistas, entre individuos de muy poco hispano origen. Se arremetía contra los males del coloniaje pero se apuntaba con orgullo a un antepasado que había llegado de España. Visitando algún rincón de ésta recordaban los criollos que era la cuna de su estirpe y trasuntaba en sus evocaciones una complejidad de emociones que incluían el orgullo por dicha ascendencia: lo vemos en el colombiano José María Samper, en los argentinos Miguel Cané y Leopoldo Lugones, a propósito del cual dijo su amigo el peruano Ventura García Calderón, al oírle sus pretensiones de abolengo hispano: “Ah genial poeta, reconozco tu calidad eximia y tu estirpe mestiza en las contradicciones mismas de tu

¹⁰ Edmundo O’Gorman, *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (1976), 2ª ed., México, FCE, 1984, pp. 153-159.

anhelo. Aborreces a España y sólo quieres ser español. Muy sudamericano todo esto...”¹¹

Complicando el panorama, desde fines del siglo XVIII otras metrópolis acudieron en parcial reemplazo. Es fenómeno poco notado cómo nuestra América se europeizó en el siglo XIX, sumergida por un torrente de mercancías, publicaciones, espectáculos teatrales, costumbres e inmigrantes originados en la Europa transpirenaica, portadores de noticias, narrativas e ilustraciones de tono fuertemente eurocéntrico. Entonces se gustó evocar a los antepasados franceses o ingleses de los *criollos nuevos*, los neobrasileiros,¹² los *misiús* venezolanos. Es notable cómo se lo hizo también con italianos sólo donde llegaron en pequeño número; no así en el Río de la Plata, sobre todo si eran del Mezzogiorno, cuyos descendientes se esparcieron entre las clases populares, y que gentes de origen menos prestigioso todavía, como los turcos, en ocasiones también acudieran a la metamorfosis, a alterar apellidos, a inventar genealogías más europeas y a mimetizarse con la cultura francesa. Y más abajo todavía, tenemos individuos cuyo apellido y leyenda genealógica no coincide para nada con el aspecto que nos muestran.

¹¹ Ventura García Calderón, “Cómo era un adolescente peruano al comenzar el siglo XX” (1936), en *Obras escogidas*, prólogo, selección y notas de Luis Alberto Sánchez, Lima, Edubanco, 1986, p. 526.

¹² El segundo término lo acuñó Coelho de Sousa, *Conflicto de culturas* (1948), citado en Gilberto Freyre, *Sobrados e mucambos: decadência do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano* (1936), 5a. ed., Río de Janeiro/Brasília, J. Olympio-INL, 1977, p. 658. El primero por Andrés Molina Enríquez y dada la penetración de este zorruno juez porfiriano, reproducimos ampliamente sus observaciones: “El *criollo nuevo* presenta en particular un tipo algo vago pero que puede ser reconocido. Por falta de preocupaciones aristocráticas de los criollos señores, no ha cuidado de la pureza de su sangre, pero aunque su tipo sea algo confuso el apellido no deja lugar a duda. El criollo nuevo se llama Barron, Robert, Dupont, Duret, Lanz, Henkel, Lancaster, Commonfort, etc. El tipo puro es por lo general rubio septentrional o rubio claro y de ojos azules, fuerte y no grosero, pero no fino. El *criollo nuevo* tiene todas las características del europeo no español: es laborioso, sobrio, económico, provisor, calculador, *altamente codicioso*, instruido, sociable y prudente”, *Los grandes problemas nacionales* (1909), prólogo de Arnaldo Córdova, México, Era, 1983, p. 112. Las cursivas son del autor.

Todo nos vuelve a recordar que, como sucede con todas las sociedades que han debido confrontarse a la superioridad de la Europa moderna, pero en medida extrema, las identidades criollas no pueden prescindir de ésta en su autodefinición y la constituyen en su punto principal y a veces único de referencia; en ella encuentran la perfección literaria, filosófica, vivencial, humana; es una región que “da leyes al Mundo y es la parte más iluminada de la Tierra”,¹³ como se dijo en los comienzos de la independencia, ditirambo que ha continuado hasta nuestros días: “Yo, un eurocentrista sin remedio, prefiero las vajillas de Sèvres, los trajes Armani, las corbatas Zegna, los vaqueros liváis, los amplificadores Carver, el *Edipo Rey* de Stravinsky y el Génesis, tanto como me parece aburrido y confuso el *Popol Vuh* maya (escrito por frailes españoles, digo) o desafinados los carrizos andinos”.¹⁴ Bueno: ahí descubrimos que el Génesis y los liváis son europeos.

Detrás de estos encomios se halla la identificación emocional e ideológica, que dio en las frases típicas del argentino Juan Bautista Alberdi en su escrito “Acción de Europa en América” (1845), donde consideraba positiva dicha acción, incluyendo la española, y que “los que nos llamamos americanos no somos sino europeos nacidos en América”. Al tiempo que Chile es “una verdadera fracción europea trasplantada a cuatro mil leguas de distancia en el otro hemisferio”, según Vicente Pérez Rosales. Siglo y medio después todavía señalaba otro notable criollo que:

como escritor peruano, no me siento extranjero en Europa. No sólo porque participo de la cultura occidental —por la lengua que hablo, porque mis antiguos ancestros son españoles, porque la religión y las instituciones de mi país son venidas o inspiradas

¹³ José Cecilio del Valle, 1820, en *Obra escogida*, sel., pról. y cronología Mario García Laguardia, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 137.

¹⁴ Luis González de Alba, “Dejad en paz a los indios”, *La Jornada*, 28 de octubre, 1996.

casi todas ellas de Europa— sino porque la única manera de ser hoy un ser de nuestro tiempo, un hombre moderno, es asumiendo buena parte de la experiencia de Europa.¹⁵

Nuestros repetidos denuestos contra los Estados Unidos, contra su materialismo y grosería, tópicos copiados de los de ciertos exquisitos franceses del XIX, tienen la misma intención de ubicarnos junto a nuestros verdaderos parientes, los del otro lado del mar (que cuando se ríen de nosotros lo hacen a escondidas).

A tanto llegamos que terminamos convirtiéndonos en una especie de Extremo Occidente (nombre que al parecer ya está consagrado), no sólo por nuestra situación geográfica al oeste de Europa, sino también por haber mantenido más puras sus tradiciones, o haberlas reforzado, o conservado cuando allá se perdieron, o enriquecido combinando sus distintas vertientes. La verdadera España está en América, dijeron a menudo los hispanistas, deseosos del regreso a una sociedad jerárquica o pendientes de becas e invitaciones. También se dice que hemos mantenido una fuerte herencia medieval, o barroca, o que somos la reserva moral de Occidente. Los elogios criollos a la Madre Patria a veces son tantos y tan enfáticos que hacen ruborizar a los españoles que los reciben y que tan entusiastas no se muestran.

Aparentes pruebas de nuestra extremaoccidentalidad se nos ofrecen a cada momento: ya desde la Colonia en la magnificencia urbana, la riqueza de las bibliotecas, la abundancia de poetas, el conocimiento de artes arcanas, luego el purismo lingüístico, extremado en el Brasil imperial o en la Colombia republicana, o el vasto conocimiento reunido por personalidades como Jorge Luis Borges u Octavio Paz sobre los mundos de la literatura clásica, francesa, inglesa, alemana e italiana, vastedad que hasta llega a hacer parecer provincianos a los

¹⁵ Vargas Llosa, *Diccionario del amante de América Latina*, s.v. "Europa".

intelectuales europeos. Pero repetimos que, del mismo modo que la ostentación en el gasto o el rebuscamiento en la indumentaria, son sólo pruebas aparentes, más aún, prueban lo contrario de lo que pretenden, porque el purismo, la sobreactuación y la universalidad son en realidad fenómenos típicos de las periferias, con correlatos en el exquisito francés que hablan los africanos o la vastedad enciclopédica de la ciencia rusa.

LOS OTROS

Mencionar a cada momento los lazos con Europa es importante, pero complementariamente hay que despreciar a los que ni siquiera declamatoriamente los tienen. El proverbio que cita Severo Martínez Peláez a partir de la tradición oral que lo rodeó en su infancia, y que con precaución extiende a los siglos coloniales, es decidir en su arcaísmo de lenguaje y mensaje: “aparte somos nosotros, y aparte los naturales”. No es necesario ahondar mucho en la cultura criolla para notar este desprecio hacia el indio, el negro y los individuos mezclados: la tradición sigue vigente todavía en nuestros días y su aspecto físico, costumbres y moralidad continúan recibiendo los mayores denuestos, quizás ya no en forma tan abierta como antes. Al lado de proverbios de tenor similar hallamos la atribución de vicios, los chistes malignos y los estereotipos.

Podría imaginarse que es un prejuicio que trajeron los europeos, pero no es así. Por el contrario, los primeros testimonios sobre América son neutros o elogiosos: los indios son inocentes, naturalmente buenos, de hermosos cuerpos, robustos, ingeniosos. Como enemigos son respetables, según trasunta la narrativa de conquistadores como Bernal Díaz del Castillo o Pedro de Cieza de León. Tienen sus defectos, pero no más que los españoles, admite el muy orgulloso y conservador Gonzalo Fernández de Oviedo. Los religiosos que llegaban,

dispuestos a hacer añicos todo rastro de sus sectas mentirosas y costumbres pecadoras, no tenían sin embargo la actitud despectiva del criollo: se desvivían por aprender sus lenguas, que alababan como elocuentes y pasaban la vida a su servicio entre soledades.

Pensemos que en otras regiones que después se caracterizaron por su hondo racismo, éste nació bastante después del primer encuentro, en los Estados Unidos y hasta en Sudáfrica. Aquí igual, la veta de opiniones hostiles llegó cuando ya los indios habían sido conquistados, quizás porque las nuevas condiciones materiales y morales de su existencia humillada empeoraron su aspecto y su continente, pero sobre todo porque los que se referían a él pertenecían ya a la nueva clase criolla. Cuando ésta se lanzó a escribir, sus crónicas y poemarios continuaron la tradición sin ningún pudor y ninguna corrección política. Léase la retahíla de Fuentes y Guzmán:

Pues hoy vemos que teniendo los indios todos los vicios de la idolatría, como semilla de todos los males, que se han hecho engañosos, atrevidos, intratables, molestos, obstinados, coléricos, inobedientes, maliciosos, injustos, ingratos y ignorantes, infieles, vagabundos, inconstantes, deshonestos, crueles, infames, insaciables y llevados de la corriente desenfrenada de su voluntad, llenos de gula y embriagueces, dados al ocio y al latrocinio con que llenan de vicios sus repúblicas, es según el sentir de Maquiavelo el modo de su más breve destrucción.¹⁶

Tanto insulto, que no es atípico, sin duda se debía a la posición de clase del cronista: los indios eran la mano de obra que explotaba e insultándolos justificaba su posición. Se ha hablado de racismo, de albocracia, de pigmentocracia. Estos

¹⁶ Antonio de Fuentes y Guzmán, *Recordación florida: discurso historial y demostración natural, material, militar y política del Reyno de Guatemala*, pról. de J. Antonio Villacorta C., Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1932, libro 17, cap. 16, p. 416.

términos explican algo pero no todo, y pueden ser engañosos. Básicamente porque la invocación de un origen, de genes y cultura europeos incontaminados y puros es una especie de fraude, responde a un desiderátum más que a una realidad en la mayoría de las familias. Cantidad de viajeros extranjeros caricaturizaron la contradicción entre los rasgos indígenas y las pretensiones genealógicas que remontaban hasta los godos, subrayando la poca diferencia cultural entre las clases altas y las bajas en el campo y hasta en las ciudades: la misma comida, el mismo atuendo, la misma religiosidad, el mismo nivel de letras, o casi. En ocasiones la misma lengua compartían: siendo imposible comunicarse con los subordinados en castellano, era menester hacerlo en quechua, guaraní o maya, lenguas que se han aprendido desde la infancia protegida por niñeras indígenas. No faltan tampoco ejemplos en individuos o comunidades de cabellos rubios y ojos azules combinados con una existencia material y estilo de vida que no difieren en nada de los del mundo indígena circundante.

Por ello, cuando ni el origen, ni la apariencia física ni el estilo de vida resultan tan evidentemente europeos, se los debe proclamar en voz muy alta. El eurocriollismo, versión latinoamericana del eurocentrismo, privilegia abusivamente los componentes de origen hispánico europeo, cristiano, occidental (siguiendo sus definiciones), es decir lengua, literatura, religión, y reduce los provenientes de los pueblos originarios al nivel de rezagos, curiosidades, localismos o folklore, al tiempo que niega los aportes africanos y, donde los hay, los asiáticos en la conformación de las identidades latinoamericanas. Brega en cambio por incorporar el pasado de Europa: Grecia es asumida como origen, la denominación más popular del semicontinente deriva del anhelo de mostrarnos como descendientes de los latinos y hasta el pasado fósil se quiere apropiar, como puede verse en las colecciones de los museos nacionales.

Lo anterior es observable en el mensaje iconográfico de las repúblicas, que llenaron sus capitales de próceres con perfiles

romanos y poses napoleónicas. El *Simón Bolívar* obra del italiano Pietro Tenerani, estatua colocada en 1846 en Bogotá, es un ejemplo saliente. En Costa Rica, la estatua del héroe Juan Santamaría (1891), obra de dos franceses que no representa al mulato real que fue sino a un *garçon*.¹⁷ Lo malo es que los criollos mismos caían en esto. Los que trabajaban en París y no tenían modelos, pase, pero que aquí en América hicieran lo mismo ya nos habla de hondos prejuicios. Nuestros símbolos nacionales aluden mayoritariamente a las regiones transatlánticas: la emblemática de banderas y escudos es pródiga en referencias a la naturaleza de América pero rara vez a su cultura, los himnos presentan en un lenguaje rebuscado y alejado del cotidiano referencias a mitos clásicos.

Más explícitamente, la producción histórica y literaria de nuestras repúblicas ha tendido a disminuir el número de indígenas y negros y a sostener la ilusión que todos ellos habían desaparecido o casi, siendo sustituidos por población trasplantada desde Europa: continuamente lo han expresado hasta los países de pigmentación más oscura. Se quería ilustrar a los indios “si deseamos ocupar en el mundo culto un lugar distinguido y no aparecer ante los ojos de las naciones civilizadas como unos bárbaros indignos”.¹⁸ En lo posible se escondían de los europeos ceremonias o humanidades que avergonzaban, expulsándolas de las capitales, de las embajadas, de la marina y hasta de la literatura: los *Paisajes peruanos* de José de la Riva Agüero logran no ver a la población indígena. Incluso las estadísticas, cuando las hubo, torcieron la realidad en ese sentido, en lo que se ha llamado un genocidio simbólico, empeñado en hacer crecer el número de “blancos”.

¹⁷ Guillermo Brenes Tencio, “La estatuaria cívica: el caso de Costa Rica, siglos XIX y XX”, *Ciencias Sociales*, vol. 2, núm. 96, Universidad de Costa Rica, 2002, pp. 9-22.

¹⁸ *Gaceta de Guatemala*, 1848, citada en Arturo Taracena Arriola *et al.*, *Etnicidad, Estado y nación en Guatemala, 1808-1949*, Guatemala, Nawal Wuj, 2002, pp. 73 y 228.

COROLARIOS DEL EUROCRIOLLISMO

Repetimos que un europeo de verdad no necesitaría semejante exhibicionismo. La cosa es que somos “europeos a distancia”, como definiría, criticando, el argentino Manuel Ugarte a comienzos del siglo xx.¹⁹ A tanta distancia que sentimos ocupar un lugar marginal en “esta apartada comarca de la civilización occidental denominada Suramérica”.²⁰ Varios teóricos criollos han hablado del sentimiento de destierro, la sensación de estar lejos de lo que percibimos como centro, de haber nacido en el lugar equivocado. Lo cual se traduce en el “criollo complejo de inferioridad de Marcos Vargas” frente al italiano conde Giaffaro en la novela de Rómulo Gallegos,²¹ sentimiento que describía con mayor detalle José Vasconcelos: “las almas un poco parias que somos todos los mexicanos, desenraizados de los indios y separados de Europa, desconfiados de nuestra prosapia y necesitados de estímulos para la derrota del mal de nuestros males: el complejo de inferioridad que sufrimos en secreto, aunque exteriormente simulemos arrogancias”.²² Diagnóstico que compartía Alejandro Bunge llamaba a “desterrar para siempre de la sensibilidad argentina nuestro complejo colectivo de inferioridad”.²³

Varias consecuencias se desprenden de esta situación de dependencia. Una es la copia acrítica de lo que de Europa llega,

¹⁹ Manuel Ugarte, “La defensa latina” (1901), en *La nación latinoamericana*, compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 285.

²⁰ Mariano Picón-Salas, *Europa-América: preguntas a la esfinge de la cultura y otros ensayos* (1947), sel. de Guillermo Sucre, introducción de Adolfo Castañón, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1996, p. 17.

²¹ Rómulo Gallegos, *Canaima* (1935), edición crítica coordinada por Charles Minquet, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 125.

²² José Vasconcelos, *Memorias, II, El desastre. El Proconsulado* (1937), México, FCE, 1993, p. 37.

²³ Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina* (1940), Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, pp. 507ss.

la afición a sus chismes y la ignorancia de lo propio. Las capas populares imitan a las clases medias, éstas a las elites y éstas al extranjero. Plétora de ejemplos podrían exhibirse, plétora de denuncias también. Para esta actitud, el peruano Víctor Andrés Belaunde acuñó los neologismos *anatopismo* y *anatópico*,²⁴ en Venezuela se usó el de *psitacismo*; menos helénico, en Brasil imperó el de *macaqueação*, favorito de Monteiro Lobato. De manera análoga, el veleidoso gusto por la novedad había encontrado en el francés Jules de Gaultier un término, “bovarismo”, que empezó a frecuentar las discusiones latinoamericanas: lo subrayó Afonso Lima Barreto en su diario y fue de uso común en Brasil,²⁵ ya se usaba en el México del Ateneo de la Juventud y le dio amplio curso Antonio Caso desde 1917. En su acepción era “la facultad de concebirse distinto de lo que se es”. Con significado algo divergente hallamos la palabra en Teresa de la Parra, y fue descubierta, al parecer independientemente, por Jean-Price Mars (1928) y los nacionalistas haitianos en los años treinta.²⁶

Viajes a Europa a cada momento, con su sinécdoque París, el “Oriente”, la “Meca” de muchos. Estudios *ad hoc* han sido consagrados a la peculiar sociología de la colonia latinoamericana en París, el costumbrismo refiere cómo al regreso se la pasaban hablando de París y París, ciudad que hasta el tango menciona. No faltaba esta manía en otros habitantes de la peri-

²⁴ Sobre los neologismos de Belaunde, véase el estudio preliminar de César Pacheco Vélez a *Trayectoria y destino: memorias*, Lima, Ediventas, 1967, p. xxix.

²⁵ Nicolau Sevcenko, “Lima Barreto, a consciência sob assédio”, en Lima Barreto, *Triste fim de Policarpo Quaresma*, edición crítica de Antonio Houaiss & Carmem Lúcia Negreiros, Madrid etc., ALLCAXX, 1997, pp. 318-350, p. 331.

²⁶ Mario Magallón Anaya, art. “Bovarismo nacional”, en Horacio Cerutti Guldberg [dir.], *Diccionario de filosofía latinoamericana*, Toluca, UAEM, 2000, pp. 56-58, y la bibliografía ahí citada; conferencia de Teresa de la Parra en 1930, en *Obras (narrativa, ensayos, cartas)*, selección, estudio crítico y cronología de Celia Bosch, etc... Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 473; para Haití, J. Michael Dash, “The way through Africa: a study of Africanism in Haiti”, *Atenea*, año 11, núm. 1-2, Puerto Rico, 1978, pp. 77-95.

feria, en Europa Oriental o Medio Oriente, pero entre nosotros fue ya folklórica, aunque, como hace unas décadas que la Ciudad Luz ha ido apagando sus focos para el mundo, la referencia a lugares europeos se ha ido diversificando. Verdad que no era enteramente culpa nuestra, y sí en gran parte de la falta de comunicación mutua y del imperio de las editoriales extranjeras, el hecho es que conocíamos más de Europa y de nuestros vecinos, por más inmediatos que fueran. A cada momento lo hemos denunciado, desde el comienzo: “Chile ignora el estado de Nueva España, y Guatemala no sabe la posición de Colombia”.²⁷

La imitación abarca todos los campos, siendo la variante más visible la relativa al consumo.

Los extranjeros y los criollos son los dueños de nuestras fábricas de hilados y tejidos y no usan las mantas que sus fábricas producen: visten generalmente de telas europeas, usan sombreros europeos o norteamericanos, calzan zapatos norteamericanos, gastan carruajes norteamericanos o europeos, decoran sus habitaciones con objetos de arte europeo, y prefieren, en suma, todo lo extranjero a lo nacional; hasta la pintura, la literatura y la música con que satisfacen sus gustos y divierten sus ocios, tienen que traer el sello extranjero”.²⁸

Pero hay más: Eduardo Galeano citaba el caso de los cuadros ecuatorianos enviados a una exposición internacional y que eran sólo copias de modelos europeos (pese a contar Ecuador con una rica tradición pictórica endógena). Por algo se ha hablado de “las ideas fuera de lugar”.²⁹

No termina aquí, porque inclusive la opinión sobre nosotros exige este sello, como ha notado David Viñas en relación con

²⁷ Del Valle, 1822, *Obra escogida*, p. 233.

²⁸ Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, p. 312.

²⁹ Roberto Schwarz, “Las ideas fuera de lugar”, *Casa de las Américas*, núm. 159, La Habana, 1986, pp. 18-27.

Argentina, cuyos escritores quisieron desde el principio que su nación “fuese hablada por Europa”.³⁰ De ello nuestro afán porque se nos elogie desde ahí: los colombianos ponen a Europa muy por encima de América, pero se los halaga si se les dice que allí no se hace nada mejor que en América, notaba el viajero francés Gaspard Mollien.³¹ Apenas un extranjero de renombre pisaba suelo argentino se le preguntaba qué pensaba del país: “espere que conozca un poco”, dijeron con lógica Anatole France o Ramón del Valle Inclán bajando del barco.³² Después se tomaban en serio las fantasías que dichos extranjeros, los cuales a veces estaban aquí por unos pocos días, reciclaban para nuestro consumo. Un resultado jocoso es el que relata Luis Alberto Sánchez, que nos revela la creencia de que en la batalla de Ayacucho el general Córdoba habría dicho “no hay vencedores”, maltraduciéndose el “pas de vainqueurs” que a su vez traducía la frase originaria: “a paso de vencedores”. En muchos casos la apreciación de lo nuestro nos vino de rebote desde Europa: es conocido el caso del tango; también la samba y el carnaval de Río empezaron a ser apreciados tras saberse de la *négrophilie* francesa, del jazz y de los escritos del suizo Blaise Cendrars.³³

Por ello nuestro interlocutor va a ser siempre Europa. Las proclamas de la independencia lo revelan: se dirigen a ella como la entidad legitimadora de la libertad, a veces en un lenguaje muy alejado del cotidiano, lleno de alusiones clásicas. Los himnos nacionales a veces aluden a esta interlocución,

³⁰ David Viñas, *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971, p. 16.

³¹ Gaspard Mollien, *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, 2 parte, cap. 9, p. 366.

³² Patricia Funes, “Letras nacionales nacidas en vientre de leona: literatura y nación en Argentina y Uruguay, 1910-1930”, *Estudios Sociales*, año 9, núm. 17, Santa Fe, 1999, pp. 9-34, p. 30 n.

³³ Fabiana Lopes da Cunha, “Da marginalidade ao estrelato: o samba na construção da nacionalidade, 1917-1945”, en Eugénio dos Santos [ed.], *Actas do XII Congresso Internacional do AHILA*, Universidad do Porto, 2001, vol. 3, pp. 181-193.

siendo clarísimo el paraguay: “Con aplauso la Europa y el mundo / la saludan y aclaman también / de heroísmo baluarte invencible / de riquezas magnífico edén”. Hasta las banderas nacionales fueron primero un símbolo dirigido a las naciones del mundo, y sólo después al interior.³⁴ Las presentaciones del país, guías para turistas e inmigrantes, respondían a este espíritu y a veces, del mismo modo que los primeros libros escritos sobre un país fueron redactados en la lengua de las nuevas metrópolis. De ellas se espera el reconocimiento: “La América tiene literatos, sabios, pensadores, hombres sublimes, cuyas plumas y discursos asombrarán algún día la Europa”.³⁵ El enérgico llamado del venezolano Luis López Méndez (1882) a que escribamos una buena historia de América se apoya en la necesidad de dicho trabajo “para presentarlo al Viejo Mundo como credenciales de nuestra legítima participación en los destinos de la humanidad”, porque “es tiempo ya de darnos a conocer al mundo”.³⁶

El caso extremo de alienación es la negación de la patria americana y la conversión a la europea. Los ejemplos abundan: “¿Acaso ésta es mi patria?”, exclama un personaje de la novela *Ídolos rotos* (1901) de Manuel Díaz Rodríguez cuando sus planes regeneradores del país chocan contra la realidad de caudillismo e ignorancia. Otro ejemplo nos lo da Haya de la Torre, el de un estudiante mexicano que después de estudiar en Alemania no podía soportar la idea de volver a ese “país de indios” que era el suyo (Haya acota que el dicho estudiante era indio

³⁴ Lo nota David Díaz Arias, “Ritos escolares y símbolos nacionales en la fiesta de la independencia en Costa Rica, 1899-1921”, *Praxis*, núm. 57, 2005, pp. 65-84.

³⁵ Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Cartas americanas* (1823 y 1827), edición y prólogo de Alberto Tauro, en *Colección documental de la Independencia del Perú*, tomo 1, *Los ideólogos*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la República del Perú, s.f., vol. 6, p. 144.

³⁶ Luis López Méndez, “Breves apuntes acerca del tema: ¿por qué no se ha escrito todavía una buena historia de América?” (1882), en *Obras completas*, pról. de Luis Beltrán Guerrero, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, s.a., pp. 255-259.

en tres cuartas partes) y estaba decidido a quedarse en Europa, solicitando, porque carecía de medios, la ayuda de su gobierno.³⁷ Más evidencia anecdótica abunda entre quienes se fueron en los años ochenta y noventa del siglo XX para un supuesto paraíso en el Primer Mundo y abjurando de su país de origen, sin exceptuar a un famoso novelista ahora ganador del Premio Nobel y que se convirtió en súbdito del rey de España.

CONTRA EUROPA

Ahora bien, estos rasgos de inferioridad y de servilismo son una cara de la moneda. Los ensayistas que se han ocupado de la psicología nacional o continental —como Américo Castro, Arturo Jauretche, Octavio Paz— han notado la dualidad espiritual del latinoamericano, que en ocasiones alterna el complejo de inferioridad con la soberbia. Muestra de ello es que la relación tuvo sus vaivenes y en numerosas ocasiones se habló de la “encanecida Europa” y de sus males, en momentos de mayor orgullo por el lugar de nacimiento, expresados en la frase que entre otros recogió Humboldt: los hijos dicen a los padres: “no soy europeo, soy americano”. Léanse las palabras que por esos años escribía el novohispano Servando Teresa de Mier, abrumado por el fantasma de la Santa Alianza:

Prostituta vieja, podrida, intrigante y menesterosa, como Napoleón llamaba a la Europa [...] Dejemos a los pueblos de Europa averiados por sus hábitos y carcomidos con la misma broma de su vejez. Cuando uno deja nuestros climas abundantes, templados y deliciosos para ir a la Europa, siente la misma desventaja que sentiría Adán saliendo del paraíso a la tierra llena de abrojos y espinas, que debía regar con el sudor de su rostro para

³⁷ Víctor Raúl Haya de la Torre, “Estudiantes latinoamericanos en Europa” (1930), en *Obras completas*, Lima, Juan Mejía Baca, 1977, vol. 2, p. 304.

tener un pan. Naturalmente siente uno del otro lado del océano la idea de un pecado original.³⁸

A la par que Mier, hubo otras figuras muy centrales de nuestro pensamiento —Simón Rodríguez, Francisco Bilbao, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alfredo Palacios— que en distintos momentos fueron igual y orgullosamente americanistas, pero también en los más inesperados lugares y autores se encuentra la evocación de la sociedad criolla con sus magníficas ciudades, de la naturaleza americana y hasta de los indios (uno fue el Fuentes y Guzmán que antes citamos en indignado catálogo de sus vicios) para refrendar pretensiones a la superioridad americana.

La actitud puede estar dada por la diferencia de épocas históricas, de clase social, de experiencia personal, de optimismo o pesimismo. Las décadas en torno a la independencia vieron la aparición de un optimismo criollo, fundamentado en parte en el progreso económico y en lo que conocieron de la pobreza europea algunos visitantes que la recorrieron como señores y la contemplaron desde arriba, mezclando el elogio con cierta burla y hasta desprecio. Un siglo después, una mujer rica, inteligente y viajada como la venezolana Teresa de la Parra podía exclamar: “qué simpáticos son los criollos, con cultura criolla sin pretensiones de elegancia parisiense”, como aquel que hubiera deseado que desde el principio de la colonia se cortara toda comunicación con Europa.³⁹ Desde la misma clase social atisbaba la argentina Victoria Ocampo la Europa de entreguerras, con una seguridad que, aun asumiendo la inmadurez argentina, no excluía cierta xenofobia. No así, significativamente, su compañero de viaje Eduardo Mallea, igualmente de vieja

³⁸ Servando Teresa de Mier, *Memoria político-instructiva* (1822), ed. facs., pról. de Manuel Calvillo, México, Banco Nacional de México, 1986, pp. 45, 85, 89.

³⁹ Parra, carta a Enrique Bernardo Núñez, 1928, en *Obras*, p. 546 y pp. 28-29.

familia criolla, pero mucho menos adinerado, y por ello presa del sentimiento de inferioridad.⁴⁰

Pero independientemente de época y clase, en todo individuo los dos sentimientos alternan. En parte responden a un periódico movimiento de polémica con las generaciones anteriores, engranado en luchas sociales, que llama a contemplar la realidad propia y dejar de copiar el libro extranjero. En simetría con quienes ensalzan al indio muerto y sobajan al vivo, los criollos son ambivalentes en relación con los españoles y europeos en general. Ya Martínez Peláez apuntó que en Guatemala se exaltaba el origen en los conquistadores pero se miraba por encima a los gachupines recién llegados, competidores y carentes de la mentalidad señorial que los criollos habían desarrollado. La actitud perduró por siglos: “Nosotros no vamos a juzgar la grandeza de la raza ibérica por los patanes de origen español que hay en Puerto Rico”, declaraba el hispanista Pedro Albizu Campos en su discurso del Día de la Raza de 1933.⁴¹ Algo semejante expresaba otro hispanista, José Vasconcelos.

De más está decir que estas actitudes fueron minoritarias, o en todo caso expresadas como una nota subordinada, sin alcanzar el tono que en la América del Norte. También se aclarará que, como fue señalado más arriba, incluso para quienes quisieron apartarse de ella, Europa es la figura de referencia, el símbolo que es necesario evocar para rechazar.

CONCLUSIONES

Tuvo que llegar la influencia de los estudios poscoloniales —reflexión en ámbito anglosajón de individuos originarios de anti-

⁴⁰ Tulio Halperín Donghi, “Eduardo Mallea”, en Carlos Altamirano [ed.], *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel/Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 51-74, p. 57.

⁴¹ Pedro Albizu Campos, *La conciencia nacional puertorriqueña*, sel., intr. y notas de Manuel Maldonado Denis, México, Siglo XXI, 1972, p. 211.

guos dominios europeos en Asia y África, donde el pleno ingreso a la modernidad encontró muchos más obstáculos que en América Latina— para que en nuestros países se difundiera una actitud de rechazo al eurocentrismo, que hoy encontramos expresada en numerosos medios.

Hay que recordar sin embargo que estas posiciones poscoloniales se deben a un maduramiento en la academia de los países centrales, por lo que una vez más nos hallamos en el papel de deudores de dichos centros, y en el de ajustadores a nuestra realidad de aportes ciertamente valiosos, pero producidos para otras circunstancias. De ello se desprende algún forzamiento y superficialidad de los análisis aquí ensayados, como puede verse, retomando uno de los párrafos iniciales, cuando las abundantes abjuraciones teóricas del eurocentrismo vienen inconscientemente empacadas junto a categorías, metáforas, anécdotas, comparaciones, juicios de valor y cronología originados en la misma Europa que se quiere rechazar.

Dado que en los últimos años las identidades y los Estados nacionales en la región han entrado en crisis por la presión combinada de la globalización y la “tribalización”, en esta época posnacionalista es cuando estamos mejor ubicados para comprender el legado de la mentalidad eurocriolla. Y a partir de ello ver qué nos sirve, qué debemos desechar y qué innovaciones debemos aportar para construir una vida social más abierta y libre y más auténticamente democrática.